



contentándose él en particular con regalo y vestido ordinario, empleaba todas sus fuerzas en procurar el arreo y hermosura de la república, ennoblecer y adornar aquella ciudad, que él primero de los reyes hizo asiento y cabecera de su reino, como lo refiere D. Alonso el Magno.

Á la misma sazón los moros andaban alborotados; en particular los de Toledo se alzaron contra su rey. Las riquezas y el ocio, fuente de todos los males, eran la causa, y ninguna ciudad puede tener sosiego largo tiempo: si fuera le faltan enemigos, le nacen en casa. El rey Alhaca, como astuto que era, acostumbrado á callar, disimular, fingir y engañar, llamó á Ambroz, gobernador de Huesca, hombre á propósito para el embuste que tramaba, por ser amigo de los de Toledo. Envióle con cartas halagüeñas en que echaba la culpa del alboroto á los que tenían el gobierno, y rogaba á los ciudadanos se sosegasen. Es la gente de Toledo de su natural sencilla y no nada maliciosa: sin recelarse de la celada, abiertas las puertas, le recibieron en la ciudad. Pasado algun tiempo finge estar agraviado del rey: persuádeles pasen adelante en sus primeros intentos, y para mayor seguridad hace edificar un castillo do al presente está la iglesia de San Cristóbal, y para que estuviesen en guarnición, puso en él buen golpe de soldados.

Para sosegar estas alteraciones acudió Abderrahman, hijo del rey moro, mozo de veinticuatro años, el cual, con semejante engaño al del primero hizo asiento con los de dentro, y le dejaron entrar. Para ejecutar lo que tenían tramado convidaron los ciudadanos principales á cierto convite que ordenaron dentro del castillo, en que sobre seguro fueron alevosamente muertos por los soldados los del pueblo hasta número de cinco mil, que fué el año de nuestra salvacion de ochocientos y cinco. Este castigo tan grande hizo que el pueblo de Toledo se allanase, pero no bastó para que los que moraban en el arrabal de Córdoba no se levantasen: la crueldad ántes altera que sana. Fué enviado contra ellos Abdelcarin, capitán de gran nombre, que ganó en el cerco que poco ántes tuvo sobre Calahorra, y por los grandes daños que

hizo en aquella comarca. Éste lo sosegó todo: el castigo de los culpados fué menor que el de Toledo; ahorcó trescientos dellos á la ribera del rio.

Esto pasaba en tierra de moros; en la de cristianos, dos ejércitos de moros que hicieron entrada en Galicia y pusieron grande espanto en la tierra, fueron destrozados y forzados con daño á retirarse el año de ochocientos y diez. Ores, gobernador de Mérida, puso sitio sobre la villa de Benavente, pero con la venida del rey D. Alonso fué forzado á alzarle y retirarse. De la misma manera Alcama, moro gobernador de Badajoz, fué rechazado de la ciudad de Mérida, sobre la cual estaba, y de toda aquella comarca. No mucho despues, uno, llamado Mahomad, hombre noble entre los moros, ciudadano antiguamente de Mérida, por miedo que tenía de Abderrahman no le hiciese alguna fuerza y agravio (bien que lo particular no se sabe), con número de gente se retiró al amparo del rey D. Alonso. Dióle el rey en Galicia lugar en que morase: pretendia el moro volver en gracia con los de su nacion y tomar por medio alguna empresa contra los cristianos; así ocho años despues de su venida, con las armas se apoderó de un pueblo llamado Santa Cristina: este castillo se ve hoy dos leguas de Lugo. Acudió prestamente el rey para cortalle los pasos; vinieron á las manos, y pelearon con una porfía extraordinaria, pero al fin el campo quedó por los nuestros con muerte de cincuenta mil moros, y entre ellos del mismo Mahomad, que fué un notable aviso para no fiarse de traidores, en especial de diversa creencia y religion. En tanto que esto pasaba, falleció Alhaca, rey de Córdoba, el año de Cristo de ochocientos veintiuno, de los árabes doscientos y seis, de su reino veintisiete. Dejó diez y nueve hijos y veintiuna hijas. Sucedióle en el reino Abderrahman su hijo, en edad de cuarenta y un años; reinó treinta y uno. Por este tiempo los moros de España pasaron á la isla de Candía, y hicieron en ella su asiento. Dícelo Zonaras.

El esfuerzo de Bernardo del Carpio se mostró mucho en todas las guerras que por este tiempo se hicieron; él grandemente se agravaba que ni sus servicios, ni los ruegos de la



reina fuesen parte para que el rey su tío se doliese de su padre y le librase de aquella larga y dura prision. Pidió claramente licencia, y retiróse á Saldaña, que era de su patrimonio, con intento de satisfacerse de aquel agravio, en las ocasiones que se ofreciesen. Dende hacia robos y entradas en las tierras del rey sin que nadie le fuese á la mano. El rey no era bastante por su larga edad, los nobles favorecian la pretension de Bernardo y su demanda tan justa. Ofendido el rey por este levantamiento, y llegado el fin de su vida, de vejez, y de una enfermedad mortal que le sobrevino, señaló por sucesor suyo á D. Ramiro, hijo de D. Bermudo. Hecho esto, acabó el curso de su vida en edad de ochenta y cinco años. Reinó los cincuenta y dos, cinco meses y trece dias. Otros, á este número de años añaden los que reinaron Mauregato y D. Bermudo, por no haber sido verdaderos reyes. Falleció en Oviedo, y fué sepultado en la iglesia de Santa María de aquella ciudad. Sucedió su muerte el año de nuestra salvacion de 843, cuenta en que nos apartamos algun tanto de la que lleva el catálogo Compostellano, pero arrimados al cronicon del rey D. Alonso el Magno, muy conforme en esto á las demas memorias que quedan y tenemos de la antigüedad.

El reinado del rey D. Ramiro, en tiempo fué breve, en gloria y hazañas muy señalado, por quitar como quitó de las cervices de los cristianos el yugo gravísimo que les tenían puesto los moros, y reprimir las insolencias y demasías de aquella gente bárbara. Á la verdad, el haber España levantado cabeza, y vuelto á su antigua dignidad, despues de Dios, se debe al esfuerzo y perpétua felicidad de este gran príncipe. En los negocios que tuvo con los de fuera, fué excelente, en los de dentro de su reino admirable; y aunque se señaló mucho en las cosas de la paz, pero en la gloria militar fué más aventajado. Á los nigrománticos y hechiceros, castigó con pena de fuego; á los ladrones, en que andaba gran desórden, hacia sacar los ojos; pena cortada á la medida de su delito, quitarles la ocasion de codiciar lo ajeno, y hacerles que no pudiesen más pecar. Á la sazón que falleció el rey don

Alonso, D. Ramiro se hallaba ocupado en los Várdulos, que eran parte de Castilla la Vieja ó de Vizcaya.

La distancia de los lugares y la mudanza del príncipe, dieron ocasion al conde Nepociano para apoderarse por fuerza de armas de las Astúrias y llamarse rey. Era hombre muy poderoso: los que le seguian muchos, su autoridad y riquezas muy grandes. Las voluntades y pareceres de los naturales no se conformaban, ca los malos y revoltosos le favorecian; los más cuerdos, que sentian diversamente, callaban y no se atrevian á declararse por miedo del tirano y por estar las cosas tan alteradas.

Acudió el rey D. Ramiro á sosegar estos movimientos. Juntáronse de una parte y de otra muchas gentes; dióse la batalla en Galicia á la ribera del rio Narcella; en ella Nepociano fué desamparado de los suyos, vencido y puesto en huida. Es muy justa recompensa de la deslealtad, que sea reprimida con otra alevosía; demás que, ordinariamente, á quien la fortuna se muestra contraria, en el tiempo de la adversidad le desamparan tambien los hombres. Fué así que dos hombres principales de los que seguian al tirano, llamados el uno Somna y el otro Scipion, con intento de alcanzar perdon del vencedor, le prendieron en la comarca Premariense y se le entregaron. En la prision, por mandado del rey, le fueron sacados los ojos, y encerrado en cierto monasterio pasó en miseria y tinieblas lo que de la vida le quedaba. Despues destos movimientos y alteraciones se siguió la guerra contra los moros, que al principio fué espantosa, mas su remate y conclusion fué muy alegre para los cristianos, y ella de las más señaladas que se hicieron en España.

Tenia el imperio de los moros Abderrahman II deste nombre, príncipe de suyo ferroz, y que la prosperidad le hacia áun más bravo: porque al principio de su reinado, como queda arriba apuntado, hizo huir á Abdalla, su tío, que con esperanza de reinar tomó las armas y se apoderó de la ciudad de Valencia. Demás desto se apoderó de la ciudad de Barcelona por medio de un capitán suyo de



gran nombre, llamado Abdelcarin. Con esto quedó tan orgulloso, que resuelto de revolver contra el rey D. Ramiro, le envió una embajada para requerirle le pagase las cien doncellas que, conforme al asiento hecho con Mauregato, se le debían en nombre de parias; que era llanamente amenazalle con la guerra y declararse por enemigo si no le obedecía en lo que demandaba. Grande era el espanto de la gente, mayor el afrenta que desta embajada resultaba; así los embajadores fueron luego despedidos; valióles el derecho de las gentes para que no fuesen castigados como merecía su loco atrevimiento y demanda tan indigna é intolerable. Tras esto, todos los que eran de edad á propósito en todo el reino, fueron forzados á alistarse y tomar las armas, fuera de algunos pocos que quedaron para la labor de los campos, por miedo que si la dejaban serían afligidos no ménos de la hambre que de la guerra. Los mismos obispos y varones consagrados á Dios, siguieron el campo de los cristianos. Grande era el recelo de todos, si bien la querrela era tan justa, que tenían alguna esperanza de salir con la victoria.

Para ganar reputacion y mostrar que hacían de voluntad lo que les era forzoso, acordaron de romper primero y correr las tierras de los enemigos, en particular se metieron por la Rioja, que á la sazón estaba en poder de moros. Al contrario, Abderrahman juntaba grandes gentes de sus estados, aparejaba armas, caballos y provisiones con todo lo demás que entendía ser necesario para la guerra y para salir al encuentro á los nuestros. Juntáronse los dos campos, de moros y de cristianos, cerca de Albelda ó Albeyda, pueblo en aquel tiempo fuerte, y despues muy conocido por un monasterio que edificó allí D. Sancho, rey de Navarra, con advocacion de San Martin; al presente está casi despoblado. La renta del monasterio y la librería que tenía muy famosa, trasladaron el tiempo adelante á la iglesia de Santa María la Redonda, de la ciudad de Logroño, de la cual Albelda dista por espacio de dos leguas. En aquella comarca se dió la batalla de poder á poder, que fué de las más sangrientas y señaladas que se dieron en aquel

tiempo. Nuestro ejército, como juntado de priesa, no era igual en fuerzas y destreza á los soldados viejos y ejercitados que traían los enemigos. Perdiérase de todo punto la jornada si no fuera por diligencia de los capitanes, que acudían á todas partes y animaban á sus soldados con palabras y con ejemplo. Cerró la noche, y con las tinieblas y oscuridad se puso fin al combate. No hay cosa tan pequeña en la guerra que á las veces no sea ocasion de grandes bienes ó males; y así fué que en aquella noche estuvo el remedio de los cristianos.

Retiróse el rey D. Ramiro á un recuesto que allí cerca está, con sus gentes destrozadas y grandemente enflaquecidas por el daño presente y mayor mal que esperaban. El mejorarse en el lugar dió muestra que quedaba vencido, pero sin embargo, se fortificó lo mejor que según el tiempo pudo: hizo curar los heridos, los cuales, y la demás gente, perdida casi toda esperanza de salvarse, con lágrimas y suspiros hacían votos y plegarias para aplacar la ira de Dios. El rey, oprimido de tristeza y de cuidados por el aprieto en que se hallaba, se quedó adormecido. Entre sueños le apareció el apóstol Santiago con representacion de majestad y grandeza mayor que humana. Mándale que tenga buen ánimo, que con la ayuda de Dios no dude de la victoria, que el día siguiente la tuviese por cierta. Despertó el rey con esta vision, y regocijado con nueva tan alegre saltó luego de la cama. Mandó juntar los prelados y grandes, y como los tuvo juntos, les hizo un razonamiento desta sustancia: «Bien sé, varones excelentes, que todos conocéis tan bien como yo en qué término y apretura están nuestras cosas. En la pelea de ayer llevamos lo peor, y si no quedamos del todo vencidos más fué por beneficio de la noche que por nuestro esfuerzo. Muchos de los nuestros quedaron en el campo, los demás están desanimados y amedrentados. El ejército enemigo, que era antes fuerte, con nuestro daño queda con mayor osadía. Bien veis que no hay fuerzas para tornar á la pelea, ni lugar para huir. Estar en estos lugares más tiempo, aunque lo pretendiésemos, la falta de pan y de otras cosas necesarias no lo permitirían.



«La dura y peligrosa necesidad de nuestra suerte, el desamparo de la ayuda y fuerzas humanas suplirá el socorro del cielo, y aliviará sin ninguna duda el peso de tantos males, lo que os puedo con seguridad prometer. Afuera el cobarde miedo, no tape las orejas de vuestro entendimiento la desconfianza y falta de fe. Arrojaros en afirmar y creer es cosa perjudicial, mayormente cuando se trata de las cosas divinas y de la religion, porque si las menospreciamos, hay peligro de caer en impiedad, y si las recibimos ligeramente, en supersticion. El apóstol Santiago me pareció entre sueños y me certifié de la victoria. Levantad vuestros corazones y desechad dellos toda tristeza y desconfianza. El suceso de la pelea os dará á entender la verdad de lo que tratamos. Ea pues, amigos míos, llenos de esperanza arremeted á los enemigos, pelead por la patria y por la comun salud. Bien pudiéades, con extrema afrenta y mengua servir á los moros: por pareceros esto intolerable tomasteis las armas. Rechazad con el favor de Dios y del Apóstol Santiago la afrenta de la religion cristiana, la deshonor de vuestra nacion: abatid el orgullo desta gente pagana. Acordaos de lo que pretendisteis cuando tomasteis las armas, de vuestro antiguo valor, y de las empresas que habeis acabado.»

Dicho esto, mandó ordenar las haces y dar señal de pelear. Los nuestros con gran denuedo acometen á los enemigos, y cierran apellidando á grandes voces el nombre de Santiago; principio de la costumbre que hasta hoy tienen los soldados españoles, de invocar su ayuda al tiempo que quieren acometer. Los bárbaros, alterados por el atrevimiento de los nuestros, cosa muy fuera de su pensamiento por tenerlos ya por vencidos, y con el espanto que de repente les sobrevino del cielo, no pudieron sufrir aquel impetu y carga que les dieron. El apóstol Santiago, según que lo prometiera al rey, fué visto en un caballo blanco, y con una bandera blanca y en medio della una cruz roja, que capitaneaba nuestra gente. Con su vista crecieron á los nuestros las fuer-

zas: los bárbaros, de todo punto desmayados, se pusieron en huida; ejecutaron los cristianos el alcance, degollaron sesenta mil moros. Apoderáronse despues de la victoria de muchos lugares, en particular de Clavijo, do se dió esta famosa batalla, de que dan muestra los pedazos de las armas que hasta hoy por allí se hallan. Asimismo Albelda y Calahorra volvieron á poder de cristianos. Sucedió esta memorable jornada el año de Cristo de ochocientos y cuarenta y cuatro, que fué el segundo del reinado de D. Ramiro.

El ejército vencedor, despues de dar gracias á Dios por tan grande merced, por voto que hicieron, obligaron á toda España, sin embargo que la mayor parte della estaba en poder de moros, á pagar desde entónces para siempre jamas de cada yugada de tierras ó de viñas cierta medida de trigo ó de vino cada un año á la iglesia del apóstol Santiago, con cuyo favor alcanzaron la victoria: voto que algunos romanos pontífices aprobaron adelante, como se ve por sus letras apostólicas. Asimismo el rey D. Ramiro expidió sobre el mismo caso su privilegio, su data en Calahorra á veinticinco de Mayo, era ochocientos y setenta y dos: yo más quisiera que dijera ochocientos y ochenta y dos para que concertára con la razon del tiempo que llevamos muy puntual y ajustada. Puédese sospechar que en el copiar el privilegio se quedó un diez en el tintero; que el original no parece. Añadieron otrosí en este voto que para siempre, cuando los despojos de los enemigos se repartiesen, Santiago se contase por un soldado á caballo y llevase su parte; pero esto con el tiempo se ha desusado; lo que toca al vino y trigo algunos pueblos lo pagan. De los despojos desta guerra hizo el rey edificar á media legua de Oviedo una iglesia de obra maravillosa con advocacion de Nuestra Señora, que hasta hoy se ve puesta á lasaldas del monte Naurancio, y allí cerca se edificó otra iglesia con nombre de San Miguel. La reina que unos llaman Urraca, otros Paterna, proveyó las dichas iglesias y las adornó de todo lo necesario.